

LICENCIA PARA DUDAR

CÓMO APROVECHAR TUS DUDAS
PARA VIVIR PLENAMENTE



CHRIS DU-POND

Contenido

Introducción	5
La fórmula de la confianza	7
Veamos lo que significa cada una de las partes de esta ecuación	7
CAPÍTULO 1: Mi duda más grande	15
¿Hay algo más allá de la muerte?	17
Tipos de duda	20
Duda emocional	22
Duda volitiva	29
Duda intelectual	32
Resumen	33
CAPÍTULO 2: Comprender mis dudas: Autoevaluación	35
Autoevaluación	36
Interpretación de los resultados	39
CAPÍTULO 3: La fe del cristiano vs. la fe del ateo	41
Resumen	62
CAPÍTULO 4: La duda intelectual	65
¿Cómo sabemos si Jesús realmente resucitó?	69
Haciendo historia	71

Los hechos sobre la resurrección	72
Fundamento histórico	74
Hecho #1: Jesús murió por crucifixión	77
Hecho #2: Sus discípulos creyeron haber visto a Jesús después de Su crucifixión	77
Hecho #3: La conversión de Pablo, el perseguidor de la Iglesia	78
Hecho #4: Santiago, el escéptico medio hermano de Jesús, se hace cristiano	79
Hecho #5: La tumba de Jesús fue encontrada vacía	80
Conclusiones: ¿Qué implica esta evidencia?	85
CAPÍTULO 5: La duda emocional	91
La duda emocional debido al sufrimiento	92
La duda emocional debido a la mala teología	96
La duda emocional debido a la incertidumbre sobre el futuro	106
La duda emocional debido a los problemas fisiológicos y psicológicos	112
La duda emocional debido a el silencio y a la «ausencia» de Dios	116
Conclusión	125
CAPÍTULO 6: La duda volitiva	127
Otras causas de duda volitiva	146
Dios y tu papel en la fe	149
CAPÍTULO 7: Dos modelos y ejemplos de fe	153
CAPÍTULO 8: La duda en la Iglesia: Una guía	167
Apéndice «A»: ¿Fue Jesús divino a pesar de que nunca dijo: «Soy Dios»?	181
Una nota sobre las fuentes históricas	182
Metodología	184
Jesús recibe honores que solo se le deben a Dios	184
Jesús comparte atributos con Dios	188
Jesús comparte los <i>nombres</i> de Dios	189
Jesús comparte los <i>actos</i> de Dios	191
Jesús comparte el <i>trono</i> de Dios	195
Conclusión	199
Notas	201

Introducción

¿Cuál es tu primer recuerdo de cuando eras niño? ¿Tal vez fue un 25 de diciembre cuando esperabas que amaneciera para ver lo que recibirías por Navidad? ¿Posiblemente fue el día en que nació uno de tus hermanitos? ¿Será quizás un recuerdo doloroso, como la separación de tus padres o cuando falleció tu primera mascota? Todos estos son momentos que nos marcan y que es muy posible que nunca olvidaremos.

Mi primer recuerdo tiene que ver con cangrejos o «jaibas», como se les llama en algunas regiones de México. Por fortuna, contrario a lo que puedas pensar, no fue una experiencia dolorosa. De hecho es uno de los mejores recuerdos que tengo junto a mi padre. Por alguna razón que se me escapa de la mente, mi papá me llevó a pescar «jaibas» en el Puerto de Veracruz, México, con algún amigo de antaño.

Para pescar jaibas se necesita de una trampa; las hay de muchos tipos, pero casi siempre son jaulas con una sola entrada. Se necesita de un poco de carnada (pescado por lo general)

y tiempo. Las trampas se dejan en el mar entre dos y cinco metros de profundidad durante la noche, que es cuando las jaibas están más activas. Cuando entran en las trampas para alimentarse se les dificulta encontrar la salida, y así, cuando pasa el pescador a recoger las trampas, no necesita hacer más que tomar los especímenes de buen tamaño y liberar al resto.

Esa era la labor en la que nos encontrábamos aquel día hace ya unos 40 años. Recuerdo que el pescador sacaba las trampas con rapidez para evitar que las jaibas escaparan, y conforme las liberaba, las iba soltando en el fondo de la pequeña barca de madera. Aún tengo en el alma el vívido recuerdo de ver mis pequeños pies descalzos junto a las enormes jaibas color olivo. Me es imposible olvidar el profundo temor que me invadió al pensar que podría ser mordido por las enormes tenazas de alguno de estos animales.

Mi papá notó mi preocupación y recuerdo con absoluta claridad lo que me dijo: «No tengas miedo, si no te mueves las jaibas te dejarán tranquilo». Lo curioso es que no recuerdo nada más de esa aventura con mi padre. No recuerdo cómo llegué ahí, el barco, ni tampoco cuándo salimos. ¡No recuerdo ni siquiera si nos las comimos! Pero lo que sí recuerdo muy bien es que las palabras de mi padre me dieron una profunda paz, y *le creí*. Aún hoy, después de tanto tiempo, recuerdo ese sentimiento de tranquilidad al saber que mi papito estaba ahí conmigo teniendo cuidado de mí, guiándome y alentándome. ¡Qué maravilloso sentimiento! Me sentía confiado, seguro y protegido. Yo tenía *confianza* plena en mi padre, confianza que perdura hasta el día de hoy.

El tema central de este libro es el origen y la naturaleza de lo que llamamos *confianza*: ¿de dónde nace? ¿Cómo se pierde? ¿Es posible cultivarla y alimentarla? ¿Se puede recuperar una vez perdida? ¿Qué es la duda y cómo se relaciona

con la confianza? Estas son las cuestiones que afrontaremos con honestidad y profundidad en las siguientes páginas. Pero no solo eso, también comprender la importancia de estas preguntas y responderlas con la verdad tiene serias implicaciones para nuestra vida y es posible que *más allá* de esta vida. Tal vez pienses que estoy exagerando un poco, pero creo que estarás de acuerdo conmigo al terminar el libro. Al menos, es mi deseo que así sea.

La fórmula de la confianza

Les acabo de hablar de mi primer recuerdo de la infancia y del sentimiento de paz que me infundió el tener a mi padre al lado en un momento de inseguridad y peligro potencial. Ese sentimiento se llama *confianza*. La confianza es el resultado de una fórmula casi matemática (aunque soy ingeniero de profesión, prometo que no habrá más matemáticas en todo el libro) que se debe cumplir sistemáticamente y al pie de la letra. Tal vez haya algunos otros factores menores, pero esta es la fórmula principal:

$$\text{Confianza} = \frac{\text{Conocimiento (íntimo)} + \text{Consistencia}}{\text{Duda}}$$

Veamos lo que significa cada una de las partes de esta ecuación:

Conocimiento. Esto es lo que sabemos con respecto a una persona o situación en particular. Tener un conocimiento profundo, verdadero, abundante y correcto sobre una persona o situación invariablemente aumentará o disminuirá nuestra confianza. El ejemplo más sencillo es el de las relaciones familiares. Si por ejemplo, sabes que tu padre te ama profundamente, ese mismo conocimiento echa fuera cualquier miedo, a tal punto

que te sentirás protegido y en paz bajo su cuidado. Pero lo contrario también puede ser cierto: una mala experiencia con un padre puede arruinar tal confianza, a veces, para siempre y sin remedio. Si sabes que tu padre te abandonó a los dos años para irse con otra mujer y que no te llama ni en tu cumpleaños, entonces ese *conocimiento* disminuirá tu confianza en él de una manera profunda.

Consistencia. De igual manera, la consistencia influye de manera importante en la confianza. Usando el mismo ejemplo del padre que no cumple con sus responsabilidades paternas, supongamos que él intenta recuperar la confianza de sus hijos. Él los reúne, pide perdón por los errores del pasado y promete cambiar. Es muy posible que esto no sea suficiente para recuperar la confianza por completo, pero si el papá comienza a cambiar y sostiene esos cambios positivos por un tiempo razonable, entonces la confianza aumentará poco a poco con el paso de los días. Es por eso que la *consistencia* afecta también a la confianza, tanto de forma positiva como negativa. Un padre puede hacer muchas promesas, pero al menos que sea consistente al cumplirlas, la confianza no aumentará mucho y, por el contrario, puede seguir disminuyendo.

Duda. ¡La famosa y problemática duda! Esta parte es la más difícil de manejar y la que puede cambiarnos la fórmula de la *confianza* ihasta de manera sorpresiva! Muchos piensan que lo contrario de la confianza es la duda, sin embargo eso es falso. Aunque es cierto que la duda puede disminuir nuestra confianza, en realidad lo opuesto de la confianza es la desconfianza, no la duda.

Veamos otro ejemplo: Alicia ha llegado a la edad en que empieza a buscar un buen hombre para casarse y formar una familia. Al igual que para la mayoría de las mujeres, su príncipe azul debe cumplir con una serie de requisitos: que sea


comprensivo, amoroso, inteligente, de buena familia, trabajador, servicial, etc. ¿Cuál sería el mejor método para que tal príncipe caiga en las garras... digo, para que tal príncipe llene la minuciosa lista de requisitos de la joven? Supón también que tú eres el «afortunado» padre de Alicia y que ella te pide consejo sobre cómo abordar tan imponente tarea. ¿Crees que sería buena idea decirle algo como esto?: «Mira, tú solo sal a la calle y proponles matrimonio —al azar— a todos los hombres que se te atraviesen. Cástate con el primero que acepte ser tu marido. Tu solo ten la *confianza* de que será el hombre de tus sueños».

Tengo dos hijas, y de solo pensar que busquen marido de esa forma, me dan ganas de sacarme el hígado con una cuchara! ¡Ninguna persona de mente sana y estable buscaría pareja de esa forma! Creo que la respuesta es muy clara, pero quizás te atreverías a preguntar, ¿por qué? Fácil. Apliquemos la ecuación: en este caso, el potencial príncipe azul no tiene nuestra confianza precisamente porque no lo *conocemos* y tampoco sabemos si su patrón de comportamiento lo hace un candidato ideal para Alicia; es decir, no sabemos si es *de forma consistente* bueno e idóneo para ella.

¿Pero qué tiene esto que ver con la duda? ¡Mucho! Supongamos que Alicia lleva tres años de novia con el susodicho príncipe azul. Supongamos también que han compartido todo tipo de situaciones, incluyendo algunas de alto estrés: han ido a acampar y les entró agua en la tienda de campaña, fueron a pescar y Alicia le clavó el anzuelo en la nuca accidentalmente al novio, sus familias se han conocido (incluyendo las suegras), se han visto en situaciones comprometedoras y, a pesar de todo esto, han decidido ponerle fecha a su boda. ¿Qué ha pasado aquí? Sucede que el *conocimiento* de Alicia derivado de la convivencia mutua, unido con una conducta *consistente*, han hecho del príncipe azul «material de matrimonio».

En lo personal, llevo más de 20 años de matrimonio y mi boda fue uno de los momentos más felices de mi vida (no, nadie me pagó por decir esto), y sin miedo a equivocarme, creo que para mi esposa también lo fue, y la razón por la que fue un momento «santo y feliz» como dijo el ministro, es porque ambos teníamos un *alto grado de confianza* en que seríamos muy felices; una confianza derivada del *conocimiento* y la *consistencia*. Sin embargo, la confianza nunca llega al grado de ser *certeza absoluta*. Es aquí donde entra el factor «duda».

La duda es entonces, *un elemento de incertidumbre que influye en la confianza*. Siguiendo el ejemplo del matrimonio, se podría pensar que a pesar de conocer a las personas, siempre queda la duda: ¿habré escogido bien? ¿Qué tal si solo me puso su mejor cara? ¿De verdad será su mamá tan amable? Este tipo de dudas aplican a casi todos los ámbitos de nuestra vida, ya que pocas cosas pueden ser probadas y demostradas con un 100 % de confianza (certeza absoluta). Pero esto no nos paraliza del todo, e incluso la duda puede ser una fuerte motivación para obtener conocimiento y reforzar nuestras creencias y desecharnos por ser falsas.



Ya que de los tres elementos de la fórmula de la confianza, la *duda* es el elemento más complejo, es ahí donde pasaremos la mayor parte de tiempo en nuestra reflexión. Pero antes de pasar al tema de la duda, es necesario hacer una aclaración en cuanto a la relación entre la fe y la confianza. ¡En realidad *son prácticamente la misma cosa*!

A través de los años me he topado con todo tipo de personas: creyentes, ateos, agnósticos, espirituales, mormones, musulmanes, etc., que afirman que la fe es *creer sin evidencia*. Esto es *totalmente falso*, al menos en el sentido en el que utilizaré este término en todo el libro. Hablaremos más de esto conforme avancemos en el tema. Por lo pronto, agreguemos

otro concepto: para términos prácticos, de ahora en adelante $fe = confianza$. Sustituyendo Fe en lugar de *Confianza* tenemos entonces la fórmula de la fe:

$$Fe = \frac{\text{Conocimiento (íntimo) + Consistencia}}{\text{Duda}}$$

Sabemos que en matemáticas, la división entre cero es ilegal (bueno, no te preocupes, si no lo sabías guardaré el secreto, shhhh). De forma similar, la duda nunca será eliminada por completo² hasta llegar a cero, pero lo deseable es que se acerque lo más posible al cero. Nuestra meta, en cuanto a creencias y relaciones, es llegar a tener lo que se conoce como una *duda razonable*.

La *duda razonable* la utilizaremos con el mismo criterio que se usa en los tribunales civilizados, inclusive para homicidios. La duda razonable es una medida de incertidumbre que no nos frena a emitir un juicio a pesar de no tener una seguridad absoluta. Notemos que si la duda toma un valor numérico de 1, entonces esta no afecta en nada a la fe (la suma de conocimiento y consistencia). Esto es a lo que en materia de leyes llaman la *duda razonable*. Cuando en un juicio se revisa toda la evidencia disponible, se le pide a un jurado deliberar y emitir un juicio que no vaya «más allá» de la *duda razonable*. Es decir, no se le pide al jurado que el veredicto cumpla con el estándar de *certeza absoluta*, sino que admite un elemento de *duda*, pero esa duda debe ser *razonable*.

Existe la posibilidad de que el jurado se haya equivocado al ver la evidencia, pero la duda de que el asesino es culpable debe de ser mínima o «razonable». Creo que ese es un buen estándar para nuestras creencias y para brindarle nuestra confianza a una persona, creencia o causa. ¿Es posible que el jurado se haya equivocado? Sí, es posible, pero la meta es que el veredicto

tenga pocas probabilidades de estar equivocado. Por otro lado, es posible que la evidencia *no sea suficiente*, y así el jurado decide que la duda es demasiado grande («no es razonable») y, por lo tanto, la evidencia se declara como *insuficiente* para enjuiciar y declarar culpable al sospechoso. Aquí se presume que la persona es inocente hasta que se pruebe su culpabilidad, y si la evidencia no pesa lo suficiente como para mover la balanza al lado de «culpable», entonces el acusado se considera «inocente» ante la ley. Así pues, en nuestra fórmula, tener un valor de *uno* constituye una duda razonable. Si nuestra duda crece, entonces la fe / confianza disminuye. Por el contrario, una duda cercana a cero aumenta en gran medida nuestra fe.

Ahora, antes de proseguir, debo hacer una confesión. Cuando hablamos de cuestiones de «fe», la *religión* es, por lo general, lo primero que nos viene a la mente. Por eso comencé usando el concepto sinónimo de «confianza». Mi deseo no es el de confundir a mis amables lectores, sino de clarificar y simplificar conceptos que nuestra sociedad ha manchado con el paso del tiempo. Pero por otro lado, en lo personal, y en cuestión de religión, soy una persona que cree en la existencia de Dios y en particular creo en la existencia del Dios de la Biblia. Tal vez en este momento quieras decir: «¡Oh no, otro fanático religioso con un libro de religión disfrazada de intelectualidad! ¡Qué desilusión!».

En realidad, ¡no! Este libro no es un tratado de cuestiones religiosas, pero sí toca las interrogantes más importantes de la vida en materia de «fe» que todos nos hemos hecho alguna vez: ¿por qué existe el universo? ¿De dónde venimos? ¿Cuál es el propósito de la vida? ¿Existen el bien y el mal? ¿Hay vida después de la muerte? ¿Se puede saber si Dios existe?

Estas son las llamadas «preguntas del millón». Preguntas que causan polémica y, sobre todo, *duda* en la humanidad, pero

que también determinan muchas cosas en tu vida. Es aquí donde el concepto de *duda* juega un papel muy importante. *Creo que es posible responder a estas preguntas de manera razonable y al mismo tiempo minimizar la duda sobre tales cuestiones.* El problema es que cuando escuchamos la palabra «fe» por lo general la relacionamos con «fe ciega» o «religiosidad», o «un salto de fe», y es ahí donde yace el error. *Ya mencioné que soy una persona de fe, que creo en Dios y creo en la vida después de la muerte. Lo que no he mencionado es que también soy una persona de ciencia y razón. Tengo una naturaleza curiosa y escéptica. Soy ingeniero en sistemas computacionales y utilizo las ciencias aplicadas para ganarme el pan diario.*

Al momento de escribir este libro, llevo más de 20 años laborando en el área de la alta tecnología y de sistemas de cómputo. Lo anterior no quita que creo también en la ciencia y en la razón y, por lo tanto, creo también que la «fe» (entendida como confianza) *no está en oposición de ninguna manera con la razón.* Es mi convicción que uno puede ser una persona razonable y una persona de fe al mismo tiempo. Todo esto, a pesar de que haya un factor de duda en nuestra fe.

Es pues, el propósito de este libro, explorar la duda en relación con la fe en Dios, y en las grandes cuestiones de la vida. ¿Quiere esto decir que si eres ateo, agnóstico o de otra creencia, debes entonces cerrar el libro y pedir un reembolso? ¡Claro que no! Todo lo contrario. Mi esperanza es que, al menos, puedas ver una perspectiva alterna a la tuya, que abras tu mente a otras posibilidades, y que esta lectura pueda ser el inicio de una conversación nueva en cuanto a otras formas de ver el mundo, la vida y la muerte. Espero que puedas ver que la fe judeocristiana nunca ha sido «fe ciega» como muchos creen, sino que es una confianza razonable basada en la realidad objetiva y no solo en una experiencia personal privada.

CAPÍTULO 1



Mi duda más grande

Cuenta una historia muy muy antigua, que un hombre rico de pronto vio que todo su oro se convertía en cenizas. Su tristeza fue tan grande que dejó de comer y perdió hasta la voluntad de vivir. Su único amigo, al visitarlo y conocer la causa de su aflicción, le aconsejó: «Cuando eras rico acumulaste tus riquezas sin compartirlas y así, todo ese oro fue tan inútil como las cenizas que te quedan. Ahora escucha mi consejo: pon tapetes en el mercado del pueblo, deposita ahí las cenizas en montoncitos y pretende comerciar con ellas». El hombre rico así lo hizo. Cuando sus vecinos le preguntaron: «¿Por qué es que vendes cenizas?», contestó: «Yo ofrezco lo único que tengo para vender».

Después de un tiempo, una jovencita llamada Kisha Gotami, huérfana y muy pobre, pasó por ahí, y viendo al hombre rico exclamó: «Señor, ¿por qué amontona usted ese oro para vender?». El rico respondió: «¿Podrías por favor pasarme un puñado de ese oro?». Y así, Kisha Gotami tomó un puñado de cenizas y he aquí que las cenizas se convirtieron de nuevo en oro.

puro! Considerando que Kisha Gotami tenía un don espiritual para discernir el valor verdadero de las cosas, el hombre rico le pidió que se casara con su hijo, pensando: *Para muchos, el oro no vale más que las cenizas, pero en manos de Kisha Gotami, las cenizas valen oro.*

Y así, Kisha Gotami se casó con el hijo del rico y tuvo un hijo al que amaba más que a su propia vida. Tristemente, su hijo murió muy joven. En su profunda aflicción, llevó en brazos a su hijo a todos sus vecinos, pidiéndoles medicina, pero ellos solo respondían: «Ha perdido la razón. El hijo está muerto». Casi ya sin esperanza, Kisha Gotami fue en busca del hombre más sabio de la región, implorando: «Señor y Maestro, dame la medicina que cure a mi hijo». El sabio contestó: «Tráeme un puñado de semillas de mostaza». Con un rayo de esperanza la mujer asintió, mas el sabio agregó: «Ese puñado de mostaza debe venir de un hogar donde nadie haya perdido a un padre, o madre, o hermano, o hermana, o hijo, o hija». Kisha Gotami así lo hizo, pero a todo lugar al que iba le decían con pena y lástima: «Toma, aquí están las semillas, los vivos son pocos, pero nuestros muertos son muchos, no nos recuerdes más a los que nos han dejado». Y así, la pobre Kisha Gotami no encontró hogar en donde no hubiera sombra de muerte.

No pudiendo ya con la tristeza, se sentó a la orilla del camino a llorar amargamente. Conforme anochecía, podía ver las luces de la ciudad apagarse una por una y pensó: *Al igual que esas lucecillas, nuestras vidas se apagan tarde o temprano.* Kisha Gotami sepultó a su hijo, y luego volvió con el hombre sabio, quien dijo: «La vida en este mundo es breve, difícil y llena de dolor. No tenemos forma de evitar que mueran todos aquellos que han nacido. Así como el fruto maduro está siempre en peligro de caer, también el hombre que ha nacido está siempre en peligro de morir. Así como la vasija hecha por el

alfarero termina rota, también la vida de los mortales deja de ser. Jóvenes, viejos, torpes y sabios, todos caen bajo el poder de la muerte. Todos son esclavos de la muerte; pues esta no escucha ni los lamentos más amargos del corazón afligido de una madre piadosa».

Aunque esta historia es ficticia, uno de los personajes es histórico. Comentaré más de ella después; sin embargo, el relato ilustra de forma bastante cruda la situación humana en cuanto a la realidad de la muerte. No importa si tenemos el don de crear oro a partir de cenizas, al final la muerte nos llega a *todos*. Cuando pensamos en la muerte es común ser invadido por una serie de preguntas que se pueden resumir en una enorme *duda*. Esta fue por mucho tiempo mi duda más grande. La madre de todas mis dudas:

¿Hay algo más allá de la muerte?

¿Es esta vida como un juego de ajedrez en el que, cuando a tu rey se le da «jaque mate», vuelve todo a la caja de madera porque ese juego terminó para siempre? ¿Habrá un Dios esperando del otro lado o nada más dejamos de existir? La respuesta más común es que no se sabe ni nadie lo sabe.

Yo no sé si crees en Dios o no, pero estoy *seguro* de que te has hecho estas preguntas en algún momento de tu vida. Si a la pregunta: ¿existe Dios?, has contestado con un «sí», entonces eres un *teísta*; si has contestado con un «no», entonces eres *ateo*, y si has contestado con un «no sé», entonces eres *agnóstico*.

Las palabras teísmo y ateísmo tienen la misma raíz griega *theos* que significa *dios*. También en el griego y en el español hay prefijos que alteran el significado de las palabras. Por ejemplo, los prefijos *a-*, *in-* o *im-* hacen las veces de negación.

Por otra parte, el sufijo *-ismo* se utiliza para designar un tipo de ideología. Así pues, teísmo es la idea de que Dios existe. Ateísmo es la negación del teísmo y, por lo tanto, gira alrededor de la idea de que *Dios no existe*. Hoy existe un esfuerzo por parte de algunos ateos de redefinir el significado de la palabra ateísmo a algo así como «la falta de creencia en dios o dioses». Pero esto no es más que un intento para evitar proveer evidencia de la inexistencia de dios(es). Bajo esa misma definición, ¡mi perro, mis pericos, las tejas de mi casa y una roca en mi jardín serían todos ateos! Algo absurdo. La definición correcta y tradicional de «ateo» en la gran mayoría de los diccionarios (incluyendo el de la Real Academia de la Lengua Española) es alguien «que niega la existencia de cualquier dios». Esa es la definición que usaremos a lo largo de este libro.

De manera similar, la palabra agnóstico proviene del griego *gnosis* que significa *saber* o *conocimiento*. Cuando agregamos el prefijo *a-* a esta palabra, leemos «agnosticismo», que significa *no saber*; en otras palabras, agnosticismo es un sistema de creencias basado en la incertidumbre, es decir, «no sé si existe un dios o no».

Por otra parte y para ser justo, yo entiendo que esto es una gran simplificación ya que hay diferentes tipos de ateos,¹ de teístas² y de agnósticos,³ pero todos los seres humanos caemos en alguna de estas tres grandes categorías, ya sea que nos guste o no. Estas posiciones influyen de manera radical en cómo vemos la vida y la muerte. El ateo cree lo que afirma el conocido refrán: «Muerto el perro, se acabó la rabia». No hay Dios ni dioses más allá de esta vida. El teísta o creyente cree que, de alguna forma, la conciencia humana se conserva después de la muerte física y que tal conciencia se reencuentra con Dios al final del camino. Un agnóstico simplemente ignora cuál de los dos, el ateo o el teísta, tendrá razón.

Sin embargo, «cómo» respondemos a la pregunta: ¿Dios existe?, suele ser muy distinta para cada persona. Y ese «cómo» es también el que determina el tipo o tipos de duda que uno guarda, así como la magnitud o *tamaño* de tales dudas. Es decir: todos tenemos una posición en cuando a la pregunta sobre la existencia de Dios, pero también es cierto que todos tenemos dudas de diferente tipo y tamaño con respecto a tal posición. Tal vez tu «crees en Dios», pero esa creencia no llega al 100 %. Cuando usas la fórmula de la fe-confianza, tal vez llegues al 51 % de probabilidad de que Dios exista, pero te queda todavía una enorme duda al respecto. Un agnóstico estaría exactamente en el 50 %, y un ateo puede también estar por ejemplo en un 75 % de seguridad de que Dios no existe, pero le queda un porcentaje de duda que lo puede hacer pensar que pueda estar equivocado. Y aquí llegamos a un punto clave que debemos recordar:

«Es posible tener fe y tener dudas al mismo tiempo».

Recordemos al hombre que trajo su hijo a Jesús para que lo curase y le dijo: «Si puedes, haz algo». Jesús le respondió: «Todas las cosas son posibles para el que cree». El hombre concluyó con una súplica: «Creo; ayúdame en mi incredulidad».⁴

Este hombre tenía confianza en Jesús y por eso le trajo a su hijo, pero también tenía serias dudas. De hecho, todos nosotros tenemos fe y duda en distintas proporciones y de manera simultánea. Ya sabemos también la relación entre la fe y la duda según nuestra fórmula. Esto nos lleva al siguiente punto clave:

«Hay distintos tipos de duda y cada uno se debe tratar de manera diferente».

Tipos de duda

Al inicio del libro mencioné que hay pocas cosas que podemos saber con seguridad. Antes de continuar, quisiera mencionar otro momento de mi niñez cuando me di cuenta de algo en lo que se puede confiar plenamente:

Tenía seis años de edad y me encontraba frente al televisor en mi casa en México. Una caricatura consumía mi atención...

El Sr. Vitalis, su hijo adoptivo, Remi, y su perro blanco, Capi, estaban en una situación desesperada porque necesitaban protección a medida que huían de París en medio de una de las peores tormentas de nieve en la historia. Como eran una compañía de teatro ambulante, tenían poco dinero y no podían pagarse una habitación de hotel, por lo que se dirigieron a un albergue público. Al menos esa era su intención. Lo malo fue que las temperaturas bajaron con rapidez y el clima empeoró cubriendo las calles con un manto de nieve que forzó a Vitalis y Remi a resguardarse en las ruinas de un viejo granero sin techo.

Vitalis despertó violentamente por los ladridos de Capi y se percató de que Remi estaba helado y al borde del desmayo. En un valiente esfuerzo para salvar a su pequeño hijo, Vitalis cavó bajo la nieve y encontró un poco de paja seca donde posó a Remi junto a Capi. Él los cubrió a ambos con el calor de su propio cuerpo. Mientras Remi dormía a salvo en la paja tibia, la vida de Vitalis se desvanecía poco a poco ya que se estaba enfrentando al frío para salvar la vida de su amado hijo.

Mientras miraba ese episodio de la serie Remi fue que cobré conciencia de mi propia mortalidad: «Un día voy a morir. Hoy fue el turno del Sr. Vitalis, pero algún día será mi turno». Esta es la verdad: *una de las pocas cosas de las que podemos tener la mayor certeza es que nuestra vida llegará, tarde o temprano, a su fin en esta tierra.*

Voy a ser un poco más crudo, porque a veces creo que la realidad de esta verdad se nos escapa. Cuando hice mis estudios en la Universidad de Biola, llevé una clase llamada «Por qué Dios Permite el Mal» con el doctor Clay Jones. Puede sonar irónico, pero el doctor Jones se acababa de romper la pierna la semana anterior a las clases, por lo que tuvo que impartir su cátedra sentado con el pie entablillado, aunque eso no lo detuvo para que comenzara las clases con una frase increíble: «Todos ustedes van a ver a todos sus seres queridos morir de asesinato, accidente o enfermedad al menos que ustedes mismos mueran por asesinato, accidente o enfermedad; así que... tengan buen día».

Es fácil caer en la depresión al pensar en nuestra mortalidad, pero creo que el doctor Jones tiene toda la razón. Por eso tanta gente busca ahogar y olvidar su mortalidad en el alcohol, las drogas, el dinero, el sexo o una combinación de todas las anteriores. Tal vez te veas tentado(a) ahora mismo a cerrar el libro un rato para correr a ver alguna comedia superficial que te levante los ánimos, pero te ruego que me regales un momento más.

Mi interés no es de ser alarmista sino realista. La muerte es una nube negra que nos agobia día a día, no importa cuál sea tu religión o si eres ateo o agnóstico. La muerte es algo que todos vamos a experimentar de forma inexorable. Entonces lo que me gustaría hacer es una autoevaluación. Con respecto a la existencia de Dios o de la vida más allá de esta vida, ¿en dónde te encuentras? ¿En qué nivel de «duda» te encuentras cuando te confrontas contra los distintos tipos de duda?

Como creyente en Dios, yo también experimento dudas de todo tipo y no siempre tengo respuestas razonables; de hecho, si soy honesto, aún no tengo respuestas para la mayoría de mis interrogantes. Me sucede algo muy similar a lo que decía C. S. Lewis:

Ahora que soy cristiano me vienen estados de ánimo en los que [el cristianismo] me parece muy improbable. Pero cuando era ateo me venían estados de ánimo en los que el cristianismo parecía terriblemente probable. Esta confusión de estados de ánimo en tu persona es inevitable. Por eso la fe es una virtud tan necesaria: al menos que eduques a tus estados de ánimo y los pongas «en su lugar», no llegarás a ser un cristiano genuino. Ni siquiera serás un ateo genuino. Serás una criatura que se tambalea y cuyas creencias dependen del clima o de su sistema digestivo. Es por eso que uno debe entrenarse en el hábito de la fe.⁵

C. S. Lewis (el gran pensador inglés conocido también por sus historias para niños, *Las crónicas de Narnia*) fue ateo la mayor parte de su vida, y sufrió periodos de duda, tanto siendo ateo como cristiano. Y la duda, aunque siempre estará presente, *se puede minimizar*. Pero para poder lidiar con la tremenda complejidad de lo que es la duda, primero hay que entender los distintos tipos de duda que existen. Volveremos al tema de la muerte en el capítulo que trata con la duda racional. Por lo pronto, veamos un resumen de los tres grupos principales de duda: (1) duda emocional, (2) duda volitiva y (3) duda racional o intelectual.

Duda emocional

La duda emocional es el tipo de duda que se deriva de nuestros sentimientos. Este es posiblemente el tipo de duda más común. A través de las redes sociales me llegó una imagen que ilustra de manera muy cómica pero acertada, lo que es la duda emocional: Una pareja joven recién casada está descansando en